

Allí —desnudo espíritu, a tus anchas—,
yo partía
por delgados senderos
y traía
apretados regresos
de poesía,
y al llevarlos, apenas por las calles calladas,
¡pueblos del sur, oh pueblos grises!,
daban golpes de flor contra las caras
de la gente insensible.

Porque mi amor del aire me llevaba
a derramar mis días, solitario,
por potreros y bosques de esmeralda,
como si hubiese muerto algún hermano.
Pero siempre volvía,
pueblos grises, cansado,
pues las aves de arriba
tienen nidos de barro.

LV

Retumban en la galería
los débiles latidos
de mi hermano menor.
A pasos quedos se aleja
del lecho en donde,
el niño, en él,
moría entre la nueva
violencia de sus huesos.

<https://doi.org/10.29393/At409-150ORGR10150>

GONZALO ROJAS

OROMPELLO

Que no se diga que amé las nubes de Concepción, que estuve aquí esta década
turbia, en el Bío-Bío de los lagartos venenosos,
como en mi propia casa. Esto no era mi casa. Volví
a los peñascos sucios de Orompello en castigo, después de haber dado
toda la vuelta al mundo.

Orompello es el año ventiséis de los tercios adoquines y el coche de caballos cuando mi pobre madre qué nos dará mañana al desayuno, y pasado mañana, cuando las doce bocas, porque no, no es posible que estos niños sin padre.

Orompello, Orompello.

El viaje mismo es un absurdo. El colmo es alguien que se pega a su musgo de Concepción al sur de las estrellas. Costumbre de ser niño, o esto va a reventar con calle y todo, con recuerdos y nubes que no amé.

Pesadilla de esperar

por si veo a mi infancia de repente.

CARBON

Veo un río veloz brillar como un cuchillo, partir mi Lebu en dos mitades de fragancia, lo escucho, lo huelo, lo acaricio, lo recorro en un beso de niño como entonces, cuando el viento y la lluvia me mecían, lo siento como una arteria más entre mis sienes y mi almohada.

Es él. Está lloviendo.

Es él. Mi padre viene mojado. Es un olor a caballo mojado. Es Juan Antonio Rojas sobre un caballo atravesando un río. No hay novedad. La noche torrencial se derrumba como mina inundada, y un rayo la estremece.

Madre, ya va a llegar: abramos el portón, dame esa luz, yo quiero recibirlo antes que mis hermanos. Déjame que le lleve un buen vaso de vino para que se reponga, y me estreche en un beso, y me clave las púas de su barba.

Ahí viene el hombre, ahí viene embarrado, enrabado contra la desventura, furioso contra la explotación, muerto de hambre, allí viene debajo de su poncho de castilla.

Ah, minero inmortal, ésta es tu casa de roble, que tú mismo construiste. Adelante:

te he venido a esperar, yo soy el séptimo
de tus hijos. No importa
que hayan pasado tantas estrellas por el cielo de estos años,
que hayamos enterrado a tu mujer en un terrible agosto,
porque tú y ella estáis multiplicados. No
importa que la noche nos haya sido negra
por igual a los dos.

—Pasa, no estés ahí
mirándome, sin verme, debajo de la lluvia.

CUERDAS CORTADAS PARA BALDOMERO LILLO

Como no tengo lápiz ni papel te lo digo, Baldomero, de golpe con el viento:
éste es Chile, y sus viejos volcanes que tocaban las estrellas, vestidos
de mendigos, lo mismo que su pueblo en las sucias estaciones
por donde pasa el tren desde Lota a Santiago.

Los canastos van llenos,
oh Sub sole sangriento, de raíces y algunos pescados.

Las botellas
—y este largo, este largo parentesco de llanto— son las mismas de entonces,
son las mismas de entonces, y amenaza la lluvia.

AQUI CAE MI PUEBLO

Aquí cae mi pueblo. A esta olla podrida de la fosa
común. Aquí es salitre el rostro de mi pueblo.
Aquí es carbón el pelo de las mujeres de mi pueblo,
que tenían cien hijos, y que nunca abortaban como las meretrices
de los salones refinados en que se compra la belleza.
Aquí duermen los ángeles de las mujeres que parían
todos los años. Aquí late el corazón de mis hermanos.
Mi madre duerme aquí, besada por mi padre.
Aquí duerme el origen de nuestra dignidad:
lo real, lo concreto, la libertad y la justicia.